

PASEO POR EL PANTEÓN MUNICIPAL DE URUAPAN

Por: Héctor Ceballos Garibay

Desperté con ánimo melancólico y aflojerado. Afortunadamente no tenía previsto ningún trabajo urgente. A fin de evadir la extraña desazón que me atosigaba, decidí que ese miércoles de agosto sería un buen día para cumplir con la promesa que me había hecho hacía ya mucho tiempo: regresar al Panteón de mi ciudad y reencontrarme con aquella atmósfera estremecedora donde la sagrada paz de los sepulcros se conjuga con un entorno natural impregnado de colorido y vitalidad. Cierto: entre el silencio de los difuntos y a la vera de las lápidas marmóreas se despliega un flora exuberante y variopinta conformada por cedros, fresnos, aguacates, galeanas, cipreses, ficus, tabachines, araucarias, camelinas, azaleas, violetas silvestres... Un verdadero edén que muy poco llama la atención de los vivos y el cual sirve de refugio eterno para los muertos.

Hacía 30 años del funeral de mi primo Valente y desde entonces no había vuelto a visitar las tumbas de mi familia. A pesar de ello, nada más traspasar la puerta principal, de inmediato recordé el camino preciso hacia el sepulcro de mis abuelos maternos. A diferencia de la actual costumbre de incinerar los cuerpos y depositar las cenizas en nichos anodinos dentro de las iglesias, anteriormente las procesiones desde el templo hacia el panteón constituían un acontecimiento de gran trascendencia. Luego de la misa de cuerpo presente, los deudos del difunto caminaban por las calles del pueblo tras la carroza o cargando en hombros la caja mortuoria; en ocasiones especiales, una banda musical acompañaba a los dolientes. La gente que desfilaba vestía de luto y portaba flores que luego arrojaba al féretro en el momento crucial en que los peones lo hacían descender hacia su última morada. Venía enseguida ese momento culminante cuando los sepultureros echan las paladas de tierra y rellenan el pozo hasta tapar para siempre la tumba con las pesadas losas de mármol. De los múltiples funerales a los que asistí durante mi infancia, guardo en la memoria varias imágenes: la madre cuyos alaridos de dolor ante la muerte de su joven hijo yo confundí con gestos de locura; las blasfemias proferidas por dos hermanos quienes, ahogados en alcohol, se insultaron mutuamente en plena ceremonia luctuosa en tributo al padre fallecido.

Me agradó encontrar la tumba de mi abuelo en relativo buen estado. Y aunque no soy hombre de fe, debido al cariño y el respeto que le profesó a Don Valente Garibay Palafox le dejé sobre su lápida unos claveles rojos. Cumplida la misión y hechas las evocaciones que me propiciaba el entorno, emprendí un plácido paseo a la busca de tumbas que tuvieran una bella estampa arquitectónica o que estuvieran adornadas con esculturas o crucifijos con alto valor artesanal y estético, tal como existen en otros cementerios. Salvo la imagen de un ángel con sonrisa pícaro, fue muy poco, por desgracia, lo que encontré de genuina calidad artística. Asimismo me percaté de que la parte vieja del panteón está sumamente descuidada: no hay caminos bien delineados, ni señalamientos de orientación, las tumbas se entrecruzan y hay basura y descuido al por mayor. Del lado amable puedo afirmar que me topé con unas pocas familias que visitaban a sus queridos difuntos, limpiaban sus tumbas y cumplían con la ancestral tradición de llevarles flores en fechas conmemorativas.

Antes de alcanzar la salida, recorrí la parte nueva del panteón, misma que está en el costado derecho de la entrada y luce en mejores condiciones. Fue en ese venturoso recorrido que descubrí las tumbas de dos célebres pintores uruapenses: la que recientemente se hizo para homenajear a Manuel Ocaranza, y la que en forma de pirámide prehispánica se edificó en honor de Manuel Pérez Coronado.

Entre remembranzas y sorpresas gratificantes, y al mismo tiempo que me solazaba con los árboles y las flores que le confieren distinción al lugar, también fui testigo de escenas desagradables: un tipo que a plena luz del día y apenas escondido entre las lápidas, defecaba tranquilamente; y otro individuo que, sin reparo alguno, arrancaba las limas de las ramas sin que nadie le dijera nada.

Al finalizar el paseo, salí del cementerio con una sensación de tranquilidad y hasta de júbilo. Sin duda, estaba curado.

28 de agosto de 2016, Sés Jarhani, Uruapan, Michoacán.